

Entro al bar,  
oh Dios,  
las luces ciertamente no se sorprenden por mi presencia  
pues siguen con su ritmo constantemente irritante.

Tengo unos pocos minutos para llegar a pedir un trago  
porque en seguida viene una hermosa señorita  
en busca de mi mano,  
de una compañera  
para danzar sin arraigo.

Dudo,  
la noche es joven,  
pero las luces me ciegan,  
por un momento no sé ni siquiera dónde estoy.

Acepto,  
no sé quién es,  
pero quién rechazaría  
sacrificar un poco de calor y aliento  
por una efímera compañía  
llena de promesas vacías.

Suena una buena canción,  
con toques de blanco y negro,  
pero yo inmediatamente me pierdo  
en esos ojos que no dejan de verme  
sin parar a observarme.

Por un segundo,  
un maldito y penoso momento,  
me giro,  
al ritmo de la muerte  
simulando sinfonía  
que no se fusionaba con la época en la que existía.

Sin embargo, el suelo carmesí no me detiene  
de preguntarme si la iluminación  
se asemeja a una estrella viva.  
¿Debería pedir un deseo?  
Oh pero no,  
muy tarde para ello,  
mi mente vuelve a la balada  
que desfila rota  
en cada una de sus pobres notas.

Los niños corren inocentes,  
mientras que las niñas bailan presuntamente interesadas,

ellos no se divierten en parques,  
no cuando se tiene que estar cerca del escenario  
para conseguir aquella gloria tan deseada.

Los más sabios,  
los más alejados,  
los que ya están sentados,  
creo que no los veo,  
o al menos no los distingo.  
Se están desvaneciendo.  
¿O seré yo la que lo está haciendo?

Miro a mi pareja de baile,  
que disfruta.  
¿Qué disfruta? Se preguntarán.  
Pues qué más,  
la gran vista  
de un campo de rosas,  
una canción de voces a coro  
con instrumentos de acero  
y esa sensación,  
esa hermosa sensación  
de euforia, juventud, rebeldía e ingenuidad.

Pero lo que no sabíamos  
es que en algún momento el cuarto se hizo octavo,  
el color del suelo no era agraciado,  
las luces vigorosas cesaron,  
el sonoro movimiento se llamó al silencio  
y esa llamante emoción  
se extendió  
haciendo de la habitación  
un infierno,  
caliente y sin oxígeno.

Pero oh,  
quién lo hubiera dicho,  
que escuchar balazos en vez de un blue,  
niños correr por desesperación en vez  
de la tan mencionada diversión,  
niñas siendo violadas en vez de felices,  
cuerpos siendo el boceto  
de un amanecer grisáceo,  
y nuestro baile  
que solo los hizo perder un poco de lo que menos tenían,  
darles ese calor que nunca les hubiera llegado por la comida a escondidas;  
fuera tan emocionante  
que seguramente lo olvidaríamos

en cuanto la siguiente voz cante.

**-IRIDISCENTE**  
IRIDISCENTE